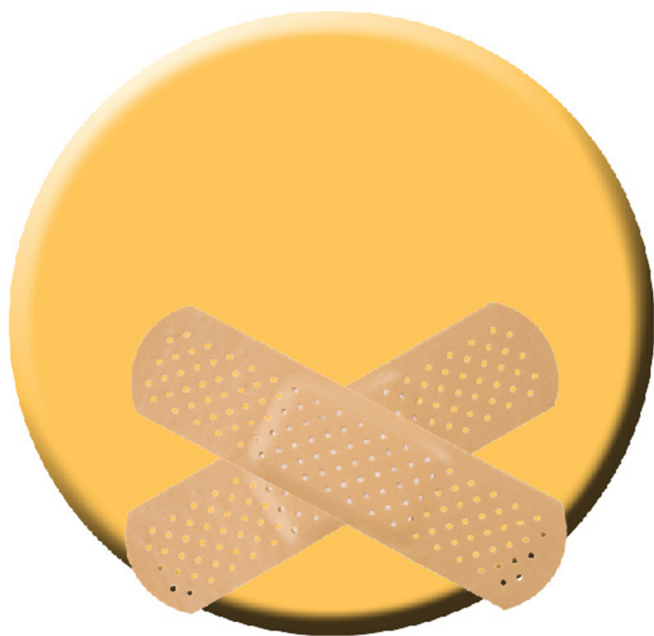


CURAR Y SOMETER

Modelo biomédico
y cultura política en el Ecuador

Juan Cuvi



Investigaciones

CURAR Y SOMETER

Modelo biomédico y cultura política en el Ecuador

Juan Cuví

CURAR Y SOMETER

Modelo biomédico y cultura política en el Ecuador

Prólogo de José María Tortosa



2013

CURAR Y SOMETER

Modelo biomédico y cultura política en el Ecuador

Juan Cuvi

Tomo 26 ©Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
Casilla: 2074
P.B.X. (+593 7) 2 862213
Fax: (+593 7) 4 088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

UNIDAD DE POSTGRADOS

Maestría en gestión del desarrollo local
con mención en evaluación y formulación de proyectos
de desarrollo endógeno

Diagramación: Editorial Universitaria ABYA-YALA
Quito-Ecuador

ISBN: ISBN-978-9978-10-148-3

Impresión: Editorial Universitaria ABYA-YALA
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, julio 2013

A Silvana

Agradecimientos

Este trabajo no habría sido posible sin los aportes teóricos descubiertos en la obra de Eduardo Menéndez, a quien, además, le agradezco por haber respondido a mis requerimientos sobre otras fuentes de su amplia bibliografía. Josep M. Comelles complementó esta necesidad proporcionándome el acceso electrónico a la obra de Menéndez. Marta Escobar y Paz Guarderas me facilitaron textos de antropología médica que fueron fundamentales para entender la relación entre medicina y cultura. A Jorge Altamirano debo las gestiones para obtener el financiamiento para la investigación. Los aportes de Luis Herrera, designado como lector de la tesis, fueron valiosos para completar algunos contenidos importantes en la revisión final del texto.

Un agradecimiento especial para los médicos que aceptaron las entrevistas y que realizaron aportes fundamentales para enriquecer la investigación: Patricia Benavides, Marcelo Aguilar, Ricardo Hidalgo O., Jaime Morales, Juan Moreira, Édgar Rodas, José Miguel Iturralde.

Índice

Prólogo	11
Introducción	21

Capítulo 1

La construcción del poder biomédico

Gobernar y curar.....	41
El paradigma biologista	53
Un paradigma integral.....	55
La construcción de modelos durante la modernidad.....	59
La pretensión universal	65
Características del modelo biomédico.....	69
La neutralidad como estrategia de adaptación	75
La curación política	77

Capítulo 2

La cultura política

Referencia histórica.....	83
Conceptos de cultura política	86
Cultura política en América Latina	93
El populismo como sustrato	97

Capítulo 3

La ideología biomédica

Símbolos biomédicos en la cultura política	107
Discurso, jerarquía y colonialidad	127

Capítulo 4

Del poder biomédico a la autonomía social

Biomedicina y poder.....	143
Discurso y poder.....	149
Autonomía social y poder.....	152
Colonialidad y poder.....	155
Autonomía individual y poder	157
Epistemología y poder.....	160
Bibliografía	162
Guía para entrevistas.....	169

Prólogo

“Los teólogos se mueren de hambre, los físicos de frío, los astrólogos son objeto de risa y los dialécticos de desprecio. Tan solo el hombre que es médico vale tanto como muchos hombres. Y en esta misma clase, cuanto más ignorante, más temerario y más irreflexivo es uno, tanta más estima tiene incluso entre esos príncipes enojados. Sin embargo, la medicina, sobre todo tal como ahora la ejercen los más, no es nada más que un elemento de la adulación, no menos, por cierto, que lo es la retórica”.

*Erasmus de Rotterdam
Elogio de la estupidez, cap. XXXIII*

Recomiendo vivamente la lectura del libro de Juan Cuvi que ahora tiene usted en sus manos. El tema es importante y el tratamiento que se le da es muy relevante, ya que pone de manifiesto cómo, en torno a la salud y la enfermedad, se construyen mundos que pueden permitir análisis concretos de situaciones concretas. Obviamente, como extranjero, no voy a entrar a discutir la parte dedicada al Ecuador y a su sistema de salud, cuyo modelo, afirma Cuvi, “se trata de un modelo impuesto desde una matriz eurocéntrica de colonización, tanto en lo cultural como en lo económico”. Ciertamente que lo conozco aunque tangencialmente: primero, porque he sido su usuario en variadas y poco graves situaciones personales tanto en Quito como en Cuenca y, segundo, porque tengo el honor de tener amigos y parientes que, ecuatorianos, practican la medicina como generalistas o como especialistas. Pero, repito que, como extranjero “chapetón” para más señas, es mejor que me abstenga de cualquier comentario que podría entenderse como injerencia política. Al fin y al cabo, los

humanos también somos animales territoriales, cosa que elaboramos bajo la etiqueta de nacionalismo. También podría entenderse, lo que sería peor, como neocolonialidad (aunque sigo pensando que la colonialidad más importante no es la que ejercieron los incas del Cusco o los súbditos de los reyes de la dinastía Habsburgo o los Borbones de un lado y otro del Atlántico –que no españoles–, sino la actual, pero esa es otra historia). En todo caso, basta reconocer que los humanos elegimos chivos expiatorios o cabezas de turco en el pasado para no tener que enfrentarnos a los problemas del presente. Pero lo que sí me gustaría es situar el tema de esta obra en un cierto contexto. Solo el tema.

Parece obvio que compartimos con los demás animales el estar sometidos a enfermedades. No es lo único animal que hay en nosotros. Siddhartha, “aquel que alcanzó sus objetivos”, vivía plácidamente en su torre de marfil, sin contacto alguno con el mundo real, hasta que un día se escapó y vio lo que su bienintencionado padre le había querido ocultar: la pobreza, la enfermedad, la vejez y la muerte (y los cito de menos a más inexorables). Aquella visión cambió su vida y le llevó hasta convertirse en el Buddha. Y aquellas cosas, con la complicación que aporta la cultura y las diferentes sociedades, son igualmente animales si por pobreza se entiende insatisfacción severa de necesidades básicas (otra cosa es su conceptualización, en particular la de “lucha” contra la pobreza y, por supuesto, su etiología). Los animales envejecemos (nos oxidamos) y morimos inexorablemente, sin escapatoria. Y enfermamos con más o menos frecuencia y con más o menos peligro para que acabe la vida. Es fácil estar de acuerdo con Juan Cuví: “La enfermedad (sea esta física, mental o emocional) es el único enemigo interno del ser humano”.

Ante este último hecho, en todas las sociedades ha habido respuestas: sanador (como Jesús de Nazaret), “galeno” griego, *hampikamayuy* (o *jampikamayoj*, en el quechua que aprendí de joven). Yo

tampoco uso la palabra chamán para “el que proporciona salud” (que esa es la traducción literal de *jampikamayoj*), ante el cual, sea cual sea la orientación cultural del experto, el profano tiende a someterse acríticamente si se trata de una dolencia aguda, a tomar distancias si es crónica y a someterse de manera todavía más clara si se trata de una dolencia aguda de un hijo pequeño. Pero no todas las sociedades dan nombre de enfermedad a lo que en otras sí se considera enfermedad. Guamán Poma de Ayala se refiere a Mama Yunto Cayan Coya con unos síntomas que ahora, en la medicina hegemónica, llevarían a diagnosticar una enfermedad isquémica coronaria. Guamán (o Huamán) no tiene nombre para la “cosa”, pero sí sabe que algo no va bien, que algo se aparta del ideal de salud. Juan B. Lastres y José M.B. Farfán tienen, en los años 40, una obra pionera en ese análisis médico de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. A más abundamiento, lo que en unas sociedades se considera enfermedad mental (las más problemáticas de las enfermedades en mi opinión) en otras puede ser un signo de haber sido tocado por el dedo de la divinidad, lo cual cambiará su estatus dentro de la misma: marginado en la primera, exaltado en la segunda o, por lo menos, puesto en un estatus que las sociedades occidentales no proporcionan al que etiquetan de “enfermo mental”.

Desgraciadamente, tampoco hay unanimidad, ni siquiera dentro de la medicina convencional, a la hora de definir la salud y, muchas veces, se recurre al círculo vicioso de definir salud como ausencia de enfermedad y enfermedad como ausencia de salud, con lo que, al final, enfermedad es aquello etiquetado como tal en los protocolos médicos “de referencia”, sin entrar a discutir si dicho etiquetado ha sido producido después de una discusión sobre la salud o como efecto de presiones de la multinacionales farmacéuticas dispuestas a “medicalizar” desajustes del comportamiento para así producir el fármaco más o menos útil para el ajuste de tal comportamiento, considerado normal o no-enfermo hasta ese momento. La lista de enfermedades ha ido creciendo y hay dos elementos que las han hecho crecer. Uno,

la presión de las multinacionales farmacéuticas, dispuestas no solo a corromper al médico que tiene que recetar sino a convencerle de que lo que tiene ante sí es una enfermedad y no un síndrome. El otro, ha sido la presión ejercida por el movimiento feminista para conseguir, precisamente, que determinados síndromes antes considerados como “cosas de mujeres”, “cosa de la menopausia” cambien de estatus, tenga nombre propio (fibromialgia) y comiencen a catalogarse como enfermedades. Crónicas, pero enfermedades.

Hay, de todas maneras, un caso menos discutible: la aplicación de conocimientos previos para la curación de heridas o reparación de huesos o músculos en disfunción o en maldesarrollo. Los métodos pueden cambiar (y cambian) de cultura a cultura, pero ahí sí que queda fuera de discusión que “algo hay que hacer” para resolver el problema, generalmente en manos de un profesional, médico convencional o no. Su ausencia, como cuenta *Huasipungo* a propósito de Andrés Chiliquinga, puede tener, ante una herida, consecuencias irreversibles. Cojera, en la novela de Icaza en la que hay notables ausencias en la lista de Cuvi: “Es por demás conocido el papel que juega el médico –junto con el cura, el alcalde y el profesor– en la estructuración de la sociedad en dichos espacios”: no hay médico en la hacienda; tampoco profesor; aunque sí cura y teniente político.

La medicina, entonces, puede considerarse desde tres ópticas diferentes por lo menos. Por un lado está la práctica de curación o sanación por parte de profesionales reconocidos como tales por cada sociedad. Después, está el conjunto de conocimientos que conforman una determinada profesión, sean reglados y transmitidos a través de instituciones como las Facultades de Medicina o de padres a hijos o de maestro a discípulo o iniciado. Finalmente, y ese es el punto fuerte del presente libro, como parte de una ideología que no solo es reflejo de una determinada “infraestructura” (que incluye la colonial) sino que revierte en la misma una vez importada o una vez que sus profe-

sionales se convierten en una casta con poder o, como se ha dicho, se convierten en un modelo. Como nos dice Cuví: “es preciso entender el peso y la autonomía de la ideología en la estructuración de un sistema social”. Pero también en la estructuración del mundo y en la constatación de cómo está cambiando ese mundo que, como indica Juan Cuví “El término *mundial* debe ser entendido no como totalidad planetaria, sino como las sucesivas dimensiones que iba alcanzando el mundo conocido como efecto de la expansión capitalista”. El auge de la acupuntura, por ejemplo, es un indicador, tal vez banal pero no por ello menos significativo, de los cambios que se están produciendo en la estructura de ese *mundo* donde “Norte” y “Sur” han empezado a perder sus sentidos políticos (que no geográficos) originarios.

Como profesión (o como práctica), la medicina convencional o hegemónica tiene su lado oscuro. No en vano, dice Juan Cuví: “En el siglo XX se convierte en una de las industrias más exitosas y rentables del planeta”. Son conocidas las malas prácticas de algunos médicos, comercializando en exceso la salud, por ejemplo, o sometiendo sus tratamientos a los dictados de las empresas farmacéuticas corruptoras o, en casos extremos, dedicando sus conocimientos a la tortura de prisioneros políticos o a investigaciones dañinas del tipo Mengele para humanos inmediatos, o practicando el racismo al seleccionar pacientes. Pero también las hay de los practicantes de otros tipos de medicina que no por ser alternativas en sus supuestos son necesariamente alternativas en el terreno ético o moral. Sin embargo, debo reconocer lo mucho que he aprendido de los médicos realmente existentes con los que he tratado o me han tratado. Ante todo, he aprendido, a través de Johan Galtung, hijo de médico y fundador de la disciplina de estudios para la paz, ese triplete compuesto por el diagnóstico, el pronóstico y la terapia. Se trata de la medicina clínica: no tanto la descripción abstracta de enfermedades y su farmacopea, sino la práctica observable en los médicos concretos que se enfrentan a un enfermo concreto y del que intentan conocer, mediante un

diagnóstico, cuál es el origen de sus síntomas (la etiología, además de la anamnesis –los antecedentes–) que, una vez llevado a cabo el correspondiente pronóstico (grave, reservado, leve, muerte, transformación en otra enfermedad) conducirá a la terapia o tratamiento apropiado a tenor del estado de la medicina en ese momento. En esa triada (diagnóstico, pronóstico, terapia), como digo, está en el núcleo de las propuestas del investigador para la paz Johan Galtung que recibió de su padre médico y político noruego. No es mala metodología para hacer análisis concretos de situaciones concretas.

De mis médicos concretos, me hayan tratado o no, también he aprendido, a través de su frecuente y peculiar sentido del humor a mantener distancia crítica ante mis objetos de estudio. En los practicantes de la medicina es un recurso defensivo: su salud mental o, si se prefiere, su estado emocional no puede permitirse identificarse con los sucesivos enfermos, algunos de los cuales van a morir. De hecho, he visto muy de cerca qué sucede cuando el médico reduce esa distancia crítica frente al paciente, se involucra emocionalmente y el paciente evoluciona de forma poco favorable para su salud y muere. Es muy duro, y mucho más dura es su repetición frecuente y, por otro lado, probable, dada la evidencia de que todos somos mortales.

En mi caso es un poco distinto y tengo a mi favor la división del trabajo dentro de los hospitales, Hampi Huasi o Jampi Wasi (traducción al kichua o al quechua de una realidad importada, como wichari –crecimiento– adquiere el significado de “desarrollo”). En los hospitales, como en las universidades, los análisis (de sangre, de orina, rayos X, ecografías) se llevan a cabo por unos profesionales que trasladan los resultados obtenidos a través de indicadores diversos a otro profesional que es el que llevará a cabo el trinomio diagnóstico-pronóstico-terapia. En las facultades de económicas, es la diferencia entre los dedicados a la “estructura económica” y los que trabajan la “política económica” (o, si se prefiere, la división del trabajo entre

sociólogos y trabajadores sociales). Los indicadores que se utilizan suelen ser problemáticos si se quedan en los meros síntomas. Así, una tos puede significar faringitis o una mononucleosis infecciosa, así que se precisan análisis más certeros. Personalmente, en lo que ha sido mi práctica profesional, me suelo quedar en el diagnóstico, razón por la que admiro sinceramente a los que, como Juan Cuvi, han sido capaces de compaginar su compromiso político directo, tanto actual como pasado, con un alto nivel académico-intelectual que se muestra en el libro y el que demuestra haber leído autores que yo he sido incapaz de entender, como Foucault (los autores franceses, en general, no han conseguido colonizarme; los anglosajones, sí).

Otra cosa es la medicina como conjunto de saberes, como ciencia y, como casi todas las ciencias desgajadas a finales del siglo XIX en Europa, con pretensión de universalidad (llegando hasta la sociología de Parsons o la economía neoclásica). Ahí, la filosofía cartesiana de las “ideas claras y distintas” y su separación entre “res cogitans” y “res extensa” han llevado a paradigmas que generaban especialistas que desconocían qué sucedía a pocos centímetros de su especialidad, hasta el punto de que un otorrinolaringólogo no entendiese el diagnóstico de un oftalmólogo, ambos amigos míos. O, los distintos especialistas, eran incapaces ni siquiera de plantearse la posible relación entre aparición de piedras en el riñón, cataratas en los ojos, episodios de gota (hiperuricemia) y pequeño tumor vesical, que cada especialista veía por su cuenta al margen de la vida emocional del sujeto. Por suerte, filosofías de la ciencia posteriores han introducido (o, para ser exactos, re-introducido) versiones más totalizadoras (holistas) del problema reconstruyendo el Humpty Dumpty que las especialidades casi consiguieron separar. Si es cierto que hay cosas comunes entre los practicantes de la medicina (hegemónica o no) y también en los pacientes (agudos o crónicos), también es cierto que, en el campo del conjunto de saberes, hay muchas medicinas. Está, claro, la biomédica (de la que se habla en el presente libro) y están todas las demás, desde

la homeopatía a la acupuntura pasando por las medicinas tradicionales. Se diferencian en la valoración de los síntomas y en el significado que les atribuyen y se diferencian, evidentemente, en las terapias basadas, cada una de ellas, en diferentes concepciones de la fisiología, o sea, del funcionamiento del cuerpo humano.

El papel ideológico de la medicina es un asunto que se trata con profundidad en el texto que sigue a este prólogo (pro: antes, a favor; logos: palabra, texto) es decir en estas palabras previas al libro y a su favor. Porque el tema parte de una pregunta sobre “si el modelo sobre el que hoy se asientan las prácticas y las concepciones médicas hegemónicas –es decir el modelo biomédico– no ha pasado de ser un reproductor de referentes ideológicos al servicio de intereses económicos puntuales a ser un creador de nuevos referentes ideológicos como parte de un proceso de reproducción sistémica autónomo, cuya finalidad no sea necesariamente el lucro sino el poder... o, desde otra perspectiva, la dominación epistemológica”.

Para transformar una sociedad no solo hay que desearlo, sino que hay que conocerla profundamente. Y este libro avanza notablemente en su conocimiento, y su lectura será de utilidad tanto dentro como fuera del país. A mí me ha sido útil: creo que ahora conozco mejor el Ecuador. Gracias, Juan Cuví.

José María Tortosa

“Art goes yet further, imitating that rational and most excellent work of Nature, man. For by art is created that great LEVIATHAN called a COMMONWEALTH, or STATE (in Latin, CIVITAS), which is but an artificial man, though of greater stature and strength than the natural, for whose protection and defence it was intended; and in which the sovereignty is an artificial soul, as giving life and motion to the whole body; the magistrates and other officers of judicature and execution, artificial joints; reward and punishment (by which fastened to the seat of the sovereignty, every joint and member is moved to perform his duty) are the nerves, that do the same in the body natural; the wealth and riches of all the particular members are the strength; *salus populi* (the people’s safety) its business; counsellors, by whom all things needful for it to know are suggested unto it, are the memory; equity and laws, an artificial reason and will; concord, health; sedition, sickness; and civil war, death”.

Thomas Hobbes
The Leviathan

*[El arte va aún más lejos, imitando esta obra racional, que es la más excelsa de la Naturaleza: el hombre. En efecto, gracias al arte se crea ese gran Leviatán que llamamos República o Estado (en latín Civitas), que no es sino un hombre artificial, aunque de mayor estatura y robustez que el natural, para cuya protección y defensa fue instituido; y en el cual la soberanía es un alma artificial que da vida y movimiento al cuerpo entero; los magistrados y otros funcionarios responsables de los juzgamientos y ejecuciones, son articulaciones artificiales; la recompensa y el castigo (mediante los cuales cada articulación y cada miembro vinculado a la sede de la soberanía es inducido a ejecutar su deber) son los nervios, que hacen lo mismo en el cuerpo natural; la riqueza y la abundancia de todos los miembros particulares constituyen su fuerza; la *salus populi* (la seguridad del pueblo) son sus negocios; los consejeros, que informan sobre cuantas cosas precisa conocer, son la memoria; la equidad y las leyes, razón y voluntad artificiales; la concordia, la salud; la sedición, la enfermedad; y la guerra civil, la muerte].*

